



## ESPEJO

Jorge Rivadeneyra A.

Se sabe a ciencia cierta que el espejo fue inventado por Narciso cuando se miraba en el rostro de su madre. Soy, dijo, y desde entonces, espejear es lo mismo que mirarse, en primer lugar el rostro, claro, ese lunar que tienes, el brillo de los ojos, esa sonrisa *monalisa*, y así más y más, hasta llegar a quererse tanto a uno mismo, *que gran obra la de Dios: me hizo a su imagen y semejanza*. Mirarse en el espejo, entonces, es *conocerse a sí mismo*, como aconsejaban las pitonisas contemporáneas de Sócrates, y el mismo Sócrates que del conocerse a sí mismo hizo el especulativo pilar de la teoría de los espejos.

Pero como ningún saber es la casa-posada al final del camino, a fin de no deambular por el tortuoso sendero de las conjeturas, diremos que quienquiera que haya sido su inventor, el espejo ha sido protagonista de muchos papeles de nota, como ocurre con los espejos deformantes, esos que te hacen ver enano o gigante, gordo o flaco, bellísimo u horrible, produciendo esas confusiones demoníacas que consisten en que no se sabe cuál es la mentira y cuál es la verdad. Se vuelve imposible el disenso o el consenso, el derecho a la crítica como fundamento de la libertad. Y dicen que la antigua Unión Soviética comenzó a desmoronarse cuando los jefes se negaron a clausurar El Parque de los Espejos, de Moscú.

De ahí que conocerse a sí mismo, en vez de contribuir a la felicidad del hombre, produce tremendas insanias, como la que ocurrió con Quetzalcóatl. A este dios azteca le llamaban también La Serpiente Emplumada; un nombre extraño, ciertamente, muy sugerente, hasta el punto de que algunos especialistas en biografías de divinidades, sostienen que llamar a un dios serpiente y además con plumas, sólo puede ser un eufemismo, una de las tantas maneras de nombrar al falo, cuyas potencialidades mueven al mundo a pesar de su aspecto desprovisto de belleza, como lo hizo notar Freud. En efecto, el inventor del psicoanálisis afirmó que los órganos genitales, no aclaró si los masculinos o los femeninos, son en sí mismo feos, fealdad que no tiene que ver con su poder multiplicador ni con el placer que proporciona su funcionamiento.

Unos diablillos mexicanos sabían de estos pormenores y con sonriente crueldad, para que vea por sí mismo su horripilante físico, aparentando que se trata-

ba de una broma, lograron que Quetzalcóatl se mire en un espejo. Y el dios, dando por sentado que belleza es lo mismo que poder de fascinación, jamás imaginó que fuese tan feo; más todavía: que la fealdad sólo sea la hermana pobre de la belleza. Así que lleno de furia por saberse irremediabilmente malencarado, decidió abandonar el país, amenazando a sus habitantes que regresaría después de cincuenta años, para vengarse.

Algo parecido ocurrió con Calibán. Según el testimonio de Oscar Wilde, Calibán, el monstruo que inventó o descubrió Shakespeare, se enfurecía cuando se miraba en el espejo y su rostro aparecía sin retoques, descompuesto, ácido visto con el *realismo* ingenuo de los espejos. De la misma manera se endiablecía cuando la ciencia ficción inventó el espejo del *romanticismo*. El realismo muestra las arrugas, decía; la envidia, el odio al prójimo, todos los valores condenados por la moral y las buenas costumbres. ¿Y el romanticismo? ¡Solo es la máscara que te pones cuando vas a misa o a la primera cita con esa muchacha bonita!

Además de estos casos renombrados, si dudas de que esa linda que tanto te gusta no es un fantasma sino una mujer de carne y hueso, sólo tienes que verificar si su imagen se refleja en el espejo. Y se está seguro de que alguien realmente ha muerto cuando su aliento no empaña el espejo. Añádase que todo el mundo presiente que le van a ocurrir desgracias renombradas cuando se rompe el espejo, tal como lo verificó y contó César Vallejo en una crónica bautizada con el nombre de *El Espejo Roto*. ¿Y qué decir de la Bruja y su manía de tomar el espejo y preguntarle, espejito, espejito, ¿dime quién es la más bonita? El espejo sabía de memoria la respuesta, y año tras año le venía contestando que ella era la más linda. Pero un mal día, empañado por los presentimientos, no respondió de inmediato. Sin embargo, armándose de coraje, con la franqueza que tienen los espejos, aseguró que la más bella era Blanca Nieves. Y el espejo fue despedazado y Blanca Nieves condenada a dormir de por vida. Menos mal que la despertaron los siete enanitos.

Por otra parte, la Dama Triste, oriunda de la Argentina, llamaba diálogos a sus monólogos; diálogos porque con las cadencias del tango decía, *espejito compañero, mírame que triste estoy, se me fue el hombre que quiero y me muero por su amor*. En cambio Alicia, la del País de las Maravillas, siguiendo las indicaciones del Gato Sin Sonrisa, llegó a un territorio oscuro que después del muy averiguar supo que era la parte de atrás del espejo. Y nuncamente, nadie supo jamás lo que había encontrado por esas tinieblas porque ella enmudeció, como si se hubiese cosido los labios, para que Lewis Carroll entienda que no le era posible relatar lo que había visto.

También existen los *espejos enterrados*, esos que dejaban los precolombinos como señales de tránsito en el camino de los muertos. "Cóncaos, opacos,

pulidos, contienen la centella de la luz nacida en medio de la oscuridad", dice Carlos Fuentes.

Y cuando Nietzsche se miró en el espejo de su amante y hermana Elisabeth, ni siquiera se sorprendió de que no aparezca su rostro sino el de Sócrates y tal como lo cuenta en el *Crepúsculo de los Ídolos*, confundiendo las evidencias, hablando con la supuesta imagen de Sócrates, le dijo-se-dijo *plebeyo, feo, difícilmente griego, delincuente, decadente, prisionero de los instintos, payaso al que se le ha tomado en serio, aborto mental repelente, auténtico chinche, aunque también un gran erótico.*

Uno de los más extraordinarios espejos es el que tenía Fausto en su gabinete de erudito. Nunca se supo si lo fabricó el propio doctor Fausto, Mefistófeles o Goethe, todos ellos expertos en la tenebrosa tecnología alemana. Lo asombroso de ese espejo era que en él no era posible ver el rostro de nadie, ni siquiera el de Mefistófeles. Cuando lo intentó Fausto, supuso que ya estaba muerto porque sólo la muerte no se refleja en el espejo. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando en ese espejo aparecieron poco a poco las imágenes de sus pensamientos, de los deseos apenas presentidos, de esos que no se los cuenta a nadie. Eran las imágenes de mujeres envueltas en tules, lúbricas, tan elásticas y felinas. Pero esas imágenes no eran nítidas sino como envueltas en neblina, desbordantes de erotismo, con esa crueldad elusiva con la que las mujeres caminan por el mundo.

Eso que ves en el espejo, le dijo Mefistófeles copiando la sonrisa de la Monalisa, son las imágenes de lo que aún merodea en tu subjetividad. Sólo están en tu mente. Allí sobreviven. Son la lejanía de la juventud.

Y por si acaso esto sea poco, Sancho Panza le preguntó a don Quijote si ya se habrá inventado el espejo metafísico. Si así fuera, continuó, en ese espejo se vería a Dios sin que Él se dé cuenta de que es mirado. ¿Y qué tal un espejo de la moral? Se acerca su merced en puntas de pie y zasmira el currículum de cada uno de los tantos.